

una sugerencia de articulaciones en el juego íntimo de la estructura de la ciudad.

Hay un amor alegre, épico, de noble expresión a Chile y a lo chileno en «Norte Grande». A través de las páginas del libro, corre este amor cálido como una vena de agua a flor de tierra. Con ese amor resucitan estampas del 79 y las viejas tonadas y cuecas de la época. Con ese amor, virilmente expresado, penetra en la historia y en la tradición de la tierra y en los hombres y dibuja la fisonomía de la pampa. Hace vivir su personaje a través de etapas dilatadas, porque es un personaje vencedor del tiempo, pero como el desarrollo de un período de su existencia está hondamente amarrado a los hombres que se le someten, es por ellos que la conocemos. Son sus hijos, son sus siervos, son los que pretenden dominarla, quienes nos cuentan en sus luchas, en sus angustias, en sus pasiones, en su sed, su agonía y su muerte, la influencia de la pampa sobre ellos.

He aquí la unidad de esta novela que desconcierta y preocupa. Desconcierta, porque parece absurdo amalgamar la realidad más colorida y violenta, o simplemente la vida normal de cualquier ambiente, con la poesía en una novela. Pero Andrés Sabella ha realizado una interpretación anímica de la pampa y sólo así era posible erigir esas figuras de hombres y mujeres de gestos definitivos, frutos genuinos de tal madre. Preocupa esta forma de novelar, porque es peligrosa para quien no tenga un sentido exquisito del equilibrio y preocupa también porque se saborea el libro como una mezcla rara y agradable.—R. RECA-BARREN.

■
<https://doi.org/10.29393/At228-229-90SEMO10090>

LA SANGRE Y LA ESPERANZA, de *Nicomedes Guzmán*.—Editorial Orbe.

Este libro lleva un nombre como una bandera. No me atrevía a leerlo, porque me imaginaba que con estar habitada por

una intención noble y masculina, el arte habría cedido en él su puesto al estridor de la propaganda.

Nunca como en esta oportunidad habré desvanecido con mayor placer una presunción tan honda e injustamente errónea.

El libro comienza por ser la epopeya, no diré de una clase que lucha y se sublima para ganar el pan, sino apenas de un gremio: el de los tranviarios, y el de un barrio metropolitano: el barrio del Mapocho, ese riachuelo en cuya superficie de curso turbio sobrenadan las abyecciones como en muchas de las almas que moran vecinas a sus lindes, y que Nicomedes Guzmán nos describe con mano sabia, avezada, responsable.

Pero el alma humana identifica sus raíces a través de los tiempos y de los espacios. Se trata de descubrir el filón y de promover la cantera. Guzmán ha sabido hacerlo. Aparte de sus condiciones excepcionales de hombre y de escritor, considero que el buen éxito en la realización de la obra puede atribuirse en especial a la autenticidad de las vivencias que en ella se nos ofrecen, y al decoro que impera en el escritor para no traicionar a su clase y transmitirnos su mensaje acongojado. De todo lo cual es un justo galardón el que le depara la vida cuando le permite escribir un libro como «La Sangre y la Esperanza»; en su pluma está rezumándose la primera, y en cuanto a la segunda, debe Nicomedes Guzmán abrigo en el sentido de que su novela es de tan notable reciedumbre que sus vibraciones no dejarán ya de percutir en nuestra literatura valiosa.

Y a propósito de «literatura»: conviene decir que no hay en esta obra el prurito de hacerla. Definitivo epígrafe nos recuerda con el poeta de la hora presente:

«Hablo de cosas que existen. ¡Dios me libre
de inventar cosas cuando estoy cantando!».

Nicomedes Guzmán es sobrio y vivaz, enérgico y verídico.

sutil y profundo. Es uno de los pocos afortunados escritores que saben que si la gente comprendiera la vida, lo que llamamos poesía estaría de más, y sería de sobra ridículo. El arte que profesa está reflejado por un espejo con memoria, con trizaduras, con arrugas, por lo cual sus lampos y reverberaciones nos llegan sencillamente heridos de humanidad. Por eso nos abren el pecho, para que entre la vida, ese ser de piel móvil y diversa, cuya última existencia e insistencia consiste en querer gastarse de manera digna, y que, cual Guzmán lo intuye y desarrolla, llega hasta dar la sangre por la esperanza de alcanzarla.

Retrotraernos hasta la infancia es ejercicio amargo. El hombre no quiere recordar la plenitud de su infancia, quizá porque —como lo supone una Psicología que se abre paso— es ella quien lo explica. Hay un inveterado anhelo en cada uno de nosotros por olvidar las peripecias de nuestra niñez, replegadas en el inconsciente, que nos duele como un tumor.

Nicomedes Guzmán ha acometido la tarea de debelar las experiencias que estremecen y frutecen a la infancia, y lo ha hecho en forma cumplidamente honorable; con sinceridad. El protagonista—niño está a menudo sujeto a la pestilente respiración de una vida descarnada y brutal, mordida y violenta, disminuída y sucia, que va poniendo a prueba la reiterada enjundia y macicez de un carácter que atesora la levadura de un valor literario y humano.

«La Sangre y la Esperanza» es una obra escrita por un hombre que logra de golpe la identificación de los personajes con el medio y la lengua en que se expresan. Conozco la vida obscura, amarrada y tensa de ciertos seres «que existen». Están aquí, en «La Sangre y la Esperanza». Por lo común, en este libro no cabe hacer observaciones estilísticas, dada su natural y diáfana textura. No interesan los vocablos por su comedida disposición o cadencia: interesa la palpitación ora angustiosa, ya trágica, cuando placentera, de quienes apenas se atreven a as-

pirar a una justicia en que se les reconozca el derecho a lo elemental.

Ha ido creciendo el volumen existencial de la trama. Dije que ésta había comenzado por ser la epopeya de un gremio que como el Cid Campeador se agiganta luchando por el pan. Expresé luego que Nicomedes Guzmán ha insuflado la universalidad en su obra, porque en arte y en filosofía, lo que se acuña con perfil definitivo adquiere validez universal.

Pero por sobre todo «La Sangre y la Esperanza» es también la epopeya de la familia. De la familia pobre que sabe poner a las veces en los labios del niño la pura copa de la ternura, y el sabor de la disciplina, y el amor al prójimo, el hondo y difícil y caro sentimiento de comunidad.

Porque la familia proletaria propaga su afecto en ondas inacabables, como si en su alma la piedra de la miseria no pudiese determinar para sus congéneres más que la resonancia de la piedad.

Es un enjambre apretado de amargura el que canta su decepción en torno a este niño proletario. Mas, el ramaje del vicio, de los caracteres comprometidos por complejos—histeria, masoquismo, sadismo—(¡oh lujo de la psicosis de los pobres!) florecientes en desventuradas condiciones cual un sarcasmo más, no hace sino contribuir—transformado en detrito y mantillo—al vigoroso desarrollo de la planta que disfruta del calor de una familia en cuyo seno el egoísmo no tiene lugar.

Y ésa es la sangre estimable de la medianía y de los desvalidos. Y la esperanza estriba en la posibilidad de educar al hombre, para lo cual será siempre recomendable hurgar (cuando no se ha podido influir) en las primeras estratificaciones de su espíritu, en su infancia. En ese sentido, la obra de Nicomedes Guzmán es una moneda franca, honrada y bella, que incrementa el capital tan exiguo de nuestra cultura, que no puede ser sino cultura social.

Si se exceptúan algunos preciosismos (que debilitan su naturalidad), el valor estético del libro es inobjetable. Su valor ético es, simplemente, una campanada de oro, que pide oído fino y quiere anidar en nuestras venas nada más que para aconsejarnos el amor de la comunidad.—MARIO OSSES.